



OBRAS BREVES DE
JACQUES
MARITAIN



058-07

AMOR Y AMISTAD

Jacques Maritain

(En el margen del «Diario de Raïssa»)

[Algunos amigos en quienes tengo puesta una confianza especial me han aconsejado que sustituya una de mis notas al pie de página de la edición no comercial del Diario de Raïssa, impresa en 1962, por una nota mucho más extensa y más detallada que deseaban ver colocada como anexo a dicho Diario, en la edición comercial del mismo. Me he avenido a su consejo, pero no he querido poner mi nueva nota como anexo al Diario de Raïssa, no había por qué recargar con mis explicaciones, mis comentarios y mis ideas un texto tan puro, cuyo valor de testimonio directo y vivo debe ser ante todo respetado. Con todo, la larga nota en cuestión, quizá pueda tener algún interés en sí misma. La publico, pues, como un capítulo de este Cuaderno de Notas. Si algo tiene de bueno, justo será atribuirlo a lo que en el Diario de Raïssa ha nutrido mi reflexión. Si contiene algo, sea lo que fuere, de controvertible, y aun de erróneo (me molestaría mucho) sólo a mi se me deberá atribuir.]

En las páginas que siguen, una primera parte tiene por objeto comentar y desarrollar ciertas cosas que Raïssa expuso con toda claridad pero muy brevemente. En una segunda y en otra tercera partes deseo proponer mis propios puntos de vista sobre algunos problemas que hoy en día preocupan a muchos espíritus.

No hablo aquí, quiero que se me comprenda, ni como filósofo (que soy) ni como teólogo (que no lo soy). Solamente propongo algunas reflexiones sacadas de la experiencia de un anciano que ha visto muchas cosas y que recuerda lo que Aristóteles decía de los ancianos, cuyos juicios conviene tomar en consideración, incluso si no saben exponer las razones (o las dan al revés). Raïssa tenía la sabiduría del Espíritu Santo. Espero se conceda a los pensamientos aquí expresados algo de los privilegios de la sabiduría de la mucha edad. Naturalmente, he tratado de poner mis reflexiones en cierto orden lógico, pero únicamente se trata de un antiguo hábito en el que no debe uno dejarse enredar. A otros toca tratar estas cuestiones en forma sistemática y con términos técnicos apropiados.

I

AMOR Y AMISTAD

Una distinción necesaria en el amor de dilección

Aquí me remito, sobre todo, a la página 149 del Diario ^[1] (20 abril 1924), me remito también a otros pasajes conexos en los que se encuentra un eco más o menos marcado de lo que se dice en esta página.

Raïssa distingue dentro del amor de dilección o amor-por-el-bien-mismo-del-amado (que Santo Tomás llama amor *amicitiae* ^[2] por oposición al amor *concupiscentiae*, es decir, al amor-por-el-bien-del-sujeto, o amor de

1 París, Declée de Brouwer, 1963

2 El amor *amicitiae* es el amor *benevolentiae* o amor de dilección (amor para bien del amado) cuando es recíproco (Sum, theol., II-II, 23, 1) En la perspectiva en que nos hemos situado esta mutua benevolencia es la que tenemos que considerar en nuestra discusión; la expresión amor de amistad, por tanto, es la que aquí conviene.

concupiscencia), dos especies que ella, siguiendo simplemente la acepción común y obvia del lenguaje corriente, llama *amor y amistad*; pero da a esta acepción común del lenguaje corriente un rigor y una profundidad que superan el lenguaje corriente. «La esencia del amor está en la comunicación de sí, con plenitud de alegría y de delicias en la posesión del amado. La esencia de la amistad está en la benevolencia que va hasta el sacrificio de sí mismo por el amigo. Dios nos ama con amor de amistad subviniendo a todas nuestras necesidades y muriendo por nosotros en la Cruz [3]. Dios nos ama con amor haciéndonos participar de su naturaleza por la gracia, haciendo del alma santificada su morada...»

Las palabras más ricas de sentido para la vida humana son siempre difíciles de ser descascaradas, corren el riesgo de disminuir o de desbordar el pensamiento. Tratemos, pues, de adentrarnos en algunas precisiones, aunque sea al precio de alguna pesadez. Todo amor de dilección es don de sí. Pero esto mismo se entiende de dos modos típicamente diferentes; hay, por una parte, el amor de benevolencia o de abnegación, en el que el amante se da al amado dando al amado sus bienes o lo que tiene, y esto más o menos completamente hasta aquel amor perfecto de abnegación en el que se da todo lo que se tiene, todos los bienes, y la misma vida. Esta es la amistad; y en esta amistad, el amigo dando lo que tiene, da también, sin duda, *de un cierto modo*, a un tiempo lo que él es, su propia persona o misma subjetividad (puesto que lo que él es necesita de lo que tiene, y puesto que puede llegar hasta dar su misma vida), se da a sí mismo, sin duda, y realmente, pero *a escondidas e indirectamente*, por medio de otra cosa, dicho de otro modo, por medio de los dones que ocultan bajo signos su don de sí mismo y le dividen más o menos y que le permiten reservar su propio yo más o menos mientras no haya dado absolutamente todo lo que tiene.

En el amor, por el contrario, en el amor de dimensión verdaderamente humana, en que el espíritu está comprometido – hablo del amor considerado en su forma extrema y completamente absoluta (porque en su forma ordinaria, el proceso de que hablo existe, pero solamente esbozado) –, la persona o subjetividad se da ella misma *directamente, abiertamente o sin reservas*, sin ocultarse bajo las apariencias de ningún otro don menos absolutamente total, se da toda entera de una vez dando o comunicando al amado, extasiando en él lo que ella es. El

3 Cf. Jn 15, 13: «Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos».

Don simple, único y sin ninguna reserva posible, hecho al amado, es la persona misma del amante. Por eso, el amor, sobre todo en el sentido extremo en el que aquí lo tomamos, es el don de sí *absolutamente y por excelencia*.

La diferencia entre el amor y la amistad no es necesariamente una diferencia en la *intensidad* o la grandeza del amor de dilección. Esa amistad puede ser también tan intensa o más intensa que el amor. La diferencia entre el amor y la amistad es una diferencia en la *cualidad intrínseca* del amor de dilección o el *nivel ontológico* en el que se constituye en el alma; con otras palabras, en el poder que posee de enajenar el alma de ella misma.

En Dios, la *amistad* y el *amor* no son más que dos aspectos de un único y mismo amor de dilección infinitamente perfecto que es el mismo Dios trascendente, dos aspectos que distinguimos según nuestro modo humano de concebir y por analogía con lo que se ve en el amor de dilección humano, del que todas las cualidades y perfecciones se encuentran sobre-eminentemente contenidas en su Ejemplar increado.

En la criatura (y considerando las cosas en el orden natural), la *amistad* y el *amor* entre dos seres humanos son dos especies diferentes del amor de dilección (con amor de concupiscencia junto con amor de dilección en el *amor*, porque en él, en este plano totalmente humano, en el que entra en juego la diferencia de sexos, también está interesada la carne).

Las diversas especies de amor humano

Acabo de precisar que, al hablar del amor, hablaba del amor en que el espíritu está comprometido, amor al nivel del hombre y de la dignidad humana, y que hablaba de él en su forma extrema y totalmente absoluta.

Es que, en efecto, si tomamos la palabra en la acepción común del lenguaje corriente, en cuanto que distingue amor y amistad, hay en el hombre una especie de amor que es de orden puramente animal y no propiamente humano, el amor de que se trata en muchas conversaciones masculinas y en la literatura erótica, amor exclusivamente carnal o que dice relación exclusivamente al placer de los

sentidos. Esta especie de amor procede *únicamente* del amor de concupiscencia y nada tiene que ver con el amor de dilección. No vamos a tratar aquí de él.

El amor de orden puramente humano comienza donde al atractivo de los sentidos se une, al menos esquemáticamente, ese don de la persona misma, directo y a las claras, del que hemos hablado poco antes, y que procede del amor de dilección. Puede decirse que en el momento en que este umbral ha sido franqueado, y por el hecho mismo del don por el que el amante se da a sí mismo al amado, el sentido de la palabra «existir» se desdobra: sólo el amado existe plenamente y absolutamente para el amante, quedando la existencia de todo el resto como afectada por una especie de invalidez.

Este amor de orden propiamente humano incluye, por su parte, bastantes formas diferentes que no hay por qué analizar aquí. Contentémonos con tres casos típicos.

Hay, en primer lugar, lo que pudiéramos llamar el amor-pasión, que también pudiera llamarse, en su forma más sublimada, amor romántico. Este amor desempeña un papel central en la vida humana, es un espejismo al que va a engancharse una nostalgia inherente al ser humano, y que tiene sus iniciales entrelazadas en todos los árboles del mundo. Vive de una mentira y de una ilusión, es el espejismo o el simulacro del amor *absolutamente verdadero* («amor loco»). Se cree eterno y es efímero. El amante se da en él a la amada (y la amante al amado), es verdad, pero con la imaginación o en sueños más que en realidad; es el amor de concupiscencia o el deseo carnal el que en él conserva (a menudo sin advertirlo) el lugar preponderante y esencial; el don total de sí mismo que uno se imagina con la mayor sinceridad del mundo haber realizado, no es real sino soñado, y, a decir verdad, no es más que un artificio por medio del cual el espíritu encubre en nosotros con atavíos regios el deseo de los sentidos, y de los que la especie se sirve para sus propios fines engañando al individuo. Es conveniente que el ser humano pase por esta exultación, que evoca los cantos nupciales y las danzas nupciales de las aves, pero a condición de que no se pretenda vivir en esa fase, porque un hombre no es un ave.

Hay, en segundo lugar, el amor auténtico, en el que es raro (aunque no imposible) desembocar a las primeras de cambio. El hombre no llega a él, de

ordinario, sino después de cierta maduración en la experiencia de la vida y en el sufrimiento. Es el amor en el que se da realmente al otro no sólo lo que se tiene, sino lo que se es (su persona misma). Bajo la forma ordinaria de este auténtico amor (digamos: en el *amor noble* sin más), un don así es sin duda algo real, pero algo como comenzado o esbozado (esbozo siempre, en todos los grados de más o de menos), no como realizado hasta el fin.

Finalmente, cuando un don así está realizado hasta el fin, tenemos, en tercer lugar, el auténtico amor en su forma extrema o totalmente absoluta. Ese amor en que la persona misma de cada uno se da al otro con absoluta verdad y realidad es, en el orden de las perfecciones ontológicas de la naturaleza, la cima del amor entre el Hombre y la Mujer. Entonces el amante Se da verdaderamente a la amada, y la amada al amante, como a su Todo, dicho de otro modo, se extasía en ella o en él, se hace – aunque manteniéndose ontológica mente una persona – una parte que no existe ya sino por y en ese Todo que es su Todo. Este amor extremo es el amor loco; y este nombre le conviene en propiedad, porque hace precisamente (en el orden especial o, si se prefiere, la magia, y la «sobrexistencia» espiritual del amor) lo que de suyo es imposible y desatinado en el orden de la simple existencia o del ser sin más, en el que cada persona sigue siendo un todo y no podría convertirse en una simple parte de otro todo. Aquí está la paradoja propia del amor: por una parte existe la dualidad ontológicamente irrompible de las personas, y, por otra, pide, y *a su manera* realiza la unidad sin falla, la unidad efectivamente consumada de esas mismas personas («en un solo espíritu y amor», dirá San Juan de la Cruz a propósito de la unión mística sobrenatural, pero esto es ya verdad, en otro plano muy distinto y en un sentido analógico, de la unión natural entre el hombre y la mujer [⁴] en el amor loco).

En el plano que nosotros consideramos ahora, que es el plan terrestre, el amor loco (humano), a diferencia del amor loco por Dios, depende del orden simplemente natural; más aún, en este mismo orden, como ya lo he señalado más arriba, es una perfección ontológica de la naturaleza, disponible desde el punto de vista moral para lo mejor o lo peor. De ahí su esplendor y su ambigüedad. Su objeto es un objeto creado. El que ama con amor loco se da totalmente; el objeto de su amor es una criatura limitada, frágil y mortal. Sería desconocer las

4 «En un solo espíritu», digo espíritu, no digo temperamento, carácter, gustos, etc.

grandezas de nuestra naturaleza el creer que esta criatura amada con amor loco se convierte *necesariamente* para el amante en un ídolo y que *necesariamente* es amada por él más que Dios. Pero sería desconocer las miserias de nuestra naturaleza el creer que *no pueda ser* amada más que Dios por el que la ama con amor loco, y que *no pueda* convertirse en un ídolo para él. El amor loco humano puede brillar en el seno de una vida moralmente recta y sumisa al orden de la caridad. Puede brillar igualmente (y no sólo fuera del matrimonio, sino también en el estado de matrimonio) en el seno de una vida de pecado.

Ahora, tres observaciones: 1ª El amor loco implica y presupone siempre (no necesariamente como anterior en el tiempo, sino como anterior necesariamente en el ser) el amor de abnegación o la amistad, pero amor que va muy por delante de la amistad.– 2ª El amor va por delante de la amistad porque se constituye a un nivel más profundo – absolutamente radical –, en el alma, por el mero hecho de que es don directo, al descubierto, al desnudo, de la persona misma toda entera, haciéndose *uno en espíritu* con el otro. Pero en virtud de la misma naturaleza y del ser humano, que es carne y espíritu, supone también por sí mismo [5] la unión *en la carne*, al menos de deseo, con el goce carnal, placer de los sentidos por excelencia, que les está vinculado. Una persona humana no puede darse a otra o extasiarse en otra, hasta el punto de hacer de ésta su Todo, más que si le da o está dispuesta a darle todo su cuerpo al darle su alma.– 3ª Con todo, el amor loco es infinitamente más que el deseo de los sentidos. Es por esencia, primordialmente y principalmente, amor de dilección; el amor de concupiscencia (por el interés o el goce del mismo sujeto amante, no de la cosa amada) es ahí secundario, enteramente subordinado al amor de dilección. La persona es ante todo y principalmente espíritu, y, por lo mismo, ante todo y principalmente se da como espíritu dándose todo entero. Cuanto más se levanta el espíritu por encima de la carne, tanto más el amor loco, el auténtico amor en su forma extrema, se levanta por encima del amor-pasión.

5 Lo cual no quiere decir que por un acto de su libre albedrío no pueda un hombre – del mismo modo que, si quiere, puede mutilar su cuerpo – violentar la naturaleza y separar de su amor loco el deseo carnal, sea por un motivo espiritual y renunciando a la carne, si la que él amaba, e incluso seguirá amando siempre con un amor loco, se lo pidiera, o si ambos se sienten llamados por Dios (se ha visto a novios separarse así para entrar en religión, o a esposos hacer voto de continencia), sea por algún otro motivo (si, por ejemplo, la mujer a quien ama con amor loco está casada con otro; a decir verdad, en este caso la separación se realizará más probablemente en un sentido completamente opuesto, entregándose al vicio).

El amor de caridad y el Amor increado

Al distinguir el amor de la amistad, Raïssa, en las notas de lo que yo he titulado su «Diario», pensaba sobre todo en el amor loco, en el amor en su forma extrema. Y además, tomaba esta palabra en un sentido analógico y trascendente, porque no es en el amor loco humano sobre el que acabo de insistir, sino en el amor de Dios por el hombre (el Amor increado) y en el amor del hombre por Dios (el amor de caridad) en lo que ella pensaba ante todo.

En el amor de caridad, cuyo objeto es el Espíritu subsistente por sí en su infinitud trascendente, la misma inescrutable deidad, las tres Personas increadas [6] – y que es un don de la gracia y pertenece al orden sobrenatural –, la amistad y el amor (el amor loco) no son evidentemente dos especies distintas, son dos grados diferentes (no necesariamente en intensidad, sino en cuanto al poder de enajenar el alma de sí misma) – y, al menos en cierto sentido, inseparables – de un mismo y único amor de dilección. El amor loco, ¿comprende también, aunque en un sentido analógico, cierto amor de concupiscencia, esta vez completamente espiritual, el deseo de poseer al Amado y de embriagarse de Él y de sentirse amado de Él? Sin duda que sí: ese amor exige de suyo «plenitud de alegría y de delicias en la posesión del amado». Pero no solamente el deseo es entonces, ya que tiene a Dios por objeto, absolutamente puro de todo elemento carnal; y no sólo está enteramente subordinado al amor de dilección; sino que incluso ha dejado y debe dejar completamente de tener como razón de ser (como en el amar de concupiscencia propiamente dicho) el bien del sujeto mismo; no es para sí misma sino *para* Dios, primeramente amado, que el alma quiere a Dios *para* sí misma o desea poseerle, y cuanto mejor se realiza esto, más violento se hace ese deseo. Y aquí abajo no puede cumplirse en su totalidad. Y tendrá que pasar noches quizá terribles, y en lugar de alegría y de delicias, a veces le serán ofrecidas la agonía y la muerte, precisamente porque el amor de dilección exige la soberanía total y absoluta, y rompe implacablemente unas tras otras todas las raíces que el deseo de posesión del amado puede tener en el amante según se ama naturalmente a sí mismo.

6 Por esto, ni aun el amor de caridad es conocido por nuestro entendimiento más que con un conocimiento analógico, como el analogado superior, en nosotros, de una realidad alcanzada primeramente en el mundo humano.

En cuanto al amor de Dios por el hombre, ya he indicado que en Dios la amistad y el amor no son sino dos aspectos, distinguidos conforme a nuestro modo de concebir humano, de un mismo y único amor perfectamente uno que es Dios mismo. Las notas que caracterizan en nosotros lo que yo llamo amor loco se encuentran en Dios de una manera sobre-eminentemente, purificadas hasta el infinito y analógicamente transpuestas en lo que es compatible con la divina transcendencia.

En Dios no hay absolutamente ningún amor de concupiscencia, porque Dios no tiene en absoluto necesidad de nada. No hay en Él más que amor de dilección: amistad ciertamente, e infinitamente generosa, pero también amor loco, en el que se da El mismo a un todo (la persona creada) distinto de Sí mismo, al que Él ha hecho capaz por la gracia de recibirle y de amarle en reciprocidad, de suerte que en esta donación sin medida, mediante la cual Se da toda entera en reciprocidad, la persona creada pueda hacerse un solo espíritu y amor con el Amor con el que Dios se ama a Sí mismo eternamente, y así reverberar en Él, por así decirlo, el Gozo por el que Él exulta eternamente en Sí mismo.

Y si Dios pide nuestro amor a cambio de su amor, es puramente en virtud del amor mismo de dilección: no porque tenga necesidad de ser amado de nosotros, sino porque Él nos ama. Dios busca su gloria, no por Él, sino por nosotros, decía Santo Tomás [7]. Nos pide que le demos nuestro corazón, no por Él, sino por nosotros. «Pienso maravillado en el precio que el Señor ha puesto a nuestro pobre amor. Verdaderamente se diría que lo que Él se ha propuesto alcanzar es el poseer nuestro corazón: “No te he amado para reír”. ¿No hay en ello como una necesidad metafísica? El amor increado, difundándose en las criaturas, sigue siendo el amor, y por consiguiente no está satisfecho más que si a su expansión responde otra expansión que haga posible la unión». [8]

Amor loco humano y amor loco por Dios

Volvamos ahora al amor humano. Hemos dicho que, en nosotros, el amor loco está presente, emerge como Venus naciendo del mar, cuando la persona se da, al descubierto y al desnudo, ella misma toda entera a otra persona como a su Todo, en el

7 Sum. Theol. II-II, 132, 1, ad 1.

8 Diario de Raïssa, pág. 69.

cual se extasía y del que se hace parte. El Diario de Raïssa pone en claro a este propósito una verdad central en la que debo insistir, en el lenguaje que aquí estoy empleando, Un aviso previo, sin embargo, que hago de una vez para siempre: en las observaciones que siguen se presupone una condición, a saber, que en el ser humano no se considera lo que puede brotar de él momentáneamente de vez en cuando – o, si eso es duradero, como si sufriera dificultad y contrariedad –, sino lo que es para él un estado habitual, un régimen de vida en el que puede constantemente progresar.

Pues bien, teniendo en cuenta lo que acabo de indicar, debe decirse que es posible a un hombre o a una mujer que siente, por aquella o aquel a quien él o ella ama, una amistad (amor de abnegación) perfecta y plena, y un auténtico amor en su forma ordinaria, tener al mismo tiempo el amor loco de Dios; pero que un ser humano no puede darse a la vez totalmente, de una manera absoluta, a dos objetos cada uno de los cuales constituya su Todo; en otras palabras, si un alma ha entrado en el amor loco de Dios, entonces deberá renunciar al amor loco humano – sea que, como en el estado religioso, renuncie completamente a la carne –, sea que, manteniendo los vínculos del matrimonio, no renuncie a ese amor único y sagrado en que el hombre y la mujer son dos en una sola carne, pero renuncie a lo que, en el orden de las perfecciones ontológicas de la naturaleza, es la cima y la perfección del amor conyugal, es decir, el amor loco. Porque un amor de dilección de tal clase que en él el Amado se convierta verdaderamente y realmente en el *Todo* del Amante, exige ser único en el alma, y si un amor así (amor loco) es dado a Dios, exige que no sea dado más que a Él.

El alma humana no puede tener más que un único Esposo, entendiendo esta palabra de los supremos esponsales en que el amor loco reina como dueño. Por eso, si ese Esposo es Dios, su amor es celoso. Es preciso que Dios, es preciso que Jesús sea el *Único Amado*, el Único amado con amor loco.

«¿Cómo le demostraré mi amor? – Dándome a Él desde el fondo del corazón, de tal modo que nunca more en Él ningún otro amor... Dios es celoso de este don particular del corazón que es el amor, que es total y exclusivo por su naturaleza...» [9]

9 Diario de Raïssa, pág. 150 (20 de abril de 1924).-La renuncia al amor loco) de que aquí se trata es lo que en otra pasaje Raïssa llama admirablemente «suprimir o superar los límites del corazón» (Diario, pág. 221).

II

EL ESTADO MÍSTICO

Amor y amistad en la caridad

He dicho más arriba que en el amor de caridad la amistad y el amor (el amor loco) son dos grados diferentes (no necesariamente en intensidad, sino en cuanto al poder de enajenar el alma de sí misma) y, al menos en cierto sentido, inseparables, de un mismo y único amor de dilección. Tratemos de explicar nuestro pensamiento. Por la caridad, amas a Dios «con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente» [10]. Es evidente que un amor así no contiene solamente la amistad, en la que el amigo, como 10 decíamos al comienzo, se da a sí mismo al amigo, realmente pero encubierta e indirectamente, por medio de otra cosa, dicho de otro modo, por medio de los bienes que da y que ocultan bajo signos su don de sí mismo y le dividen más o menos mientras no haya dado absolutamente todo lo que tiene; el amor de caridad entraña también el amor loco, en el que el amante da su misma persona y su subjetividad toda entera, el fondo mismo de su ser, directamente, al descubierto o al desnudo, ‘Sin ninguna reserva posible, extasiándose en el amado como en su Todo. Amor loco en que Dios es amado no sólo como Amigo sino como Esposo.

Sin embargo, debe hacerse aquí una importante distinción. Respecto de Dios no hay, como respecto del ser humano, simple amistad posible que excluya el amor loco. Pero puede ser que exista respecto de Dios un amor que *más bien aparezca como amistad que como amor loco*, una amistad en que el amor loco está también presente, pero escondido en ella y no manifestado, excepto en algunos momentos. Precizando más, es posible que *en cuanto al régimen ordinario de vida* la caridad esté en un alma *sobre todo* en el grado de la amistad, entonces el grado del amor loco estará también en ella, pero, o bien de una manera de que quizá no tiene, o apenas tiene conciencia, a causa de una especie de temor reverencial, o bien manifestándose como relámpagos en determinados momentos ‘Solamente, aunque sea en el último instante de la vida. En este caso, para simplificar el lenguaje, diremos que esta alma vive bajo el régimen

10 Lc 10, 27. (Cf. Mt 22, 37; Mc 12, 28).- «Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder» Dt 6, 5.

predominante de la amistad (comprendiendo implícitamente el amor loco). Toda alma auténticamente cristiana, toda alma que ha recibido y que conserva la caridad se encuentra al menos bajo este régimen.

Y es posible que la caridad esté en un alma, en cuanto al régimen de vida de ésta, *sobre todo* en el grado (que presupone el de la amistad) del mismo amor loco que toma plena posesión del ser humano y regula su obrar de una manera habitual y permanente. En este caso, para simplificar el lenguaje, diremos que esta alma vive bajo el régimen predominante del amor loco (que abarca y presupone la amistad).

Régimen del amor loco y régimen de la amistad

Expuesto todo ello, se ve inmediatamente que una definición de lo que se llama el estado místico ^[11] – equivalente a lo que le describe como la vida bajo el régimen habitual de los dones del Espíritu Santo, pero menos técnica y más accesible al lenguaje corriente – es posible: se dirá que un alma pasa al estado místico cuando entra bajo el régimen del amor loco por Dios.

Y pertenece a la misma naturaleza de la caridad el que tienda a pasar de este modo del régimen de la amistad al régimen del amor loco. Por eso se puede decir que, *de derecho*, toda alma humana, como llamada que está a la caridad, está llamada por lo mismo a la vida mística, de una manera cercana o lejana.

Pero esta es una verdad totalmente teórica en la que no se consideran sino las exigencias internas de la caridad tomada en sí. Si, por el contrario, se considera el estado concreto en el que se encuentra talo cual alma dada, entonces debe decirse que, de hecho, son llamados a la vida mística las almas que no pueden encontrar su razón de vivir más que en el amor loco de Dios,

11 El término místico es el término recibido. En un sentido es un término desafortunado (como muchos de nuestros términos), porque asusta a muchas personas mal informadas. En realidad no dice relación a ningún privilegio extraordinario, sino que solamente designa un estarlo en que la vida y la conducta humanas habitualmente son ayudadas por la invisible y secretísima inspiración de Dios (estado que de suyo, y si todo no funcionara mal en el ser humano desde el pecado original, debería ser normal en aquellos en quienes las tres Personas divinas habitan por la gracia santificante).

que *de hecho* no son llamados a la vida mística los que pueden hallar su razón de vivir fuera de Dios, o si poseen la caridad, en un amor de Dios en el que el amor loco quede escondido en la amistad.

La perfección de la vida humana o perfección de la caridad tomada en el sentido puro y simple, o en todos sus aspectos, supone evidentemente el paso al régimen predominante del amor loco de Dios, o a la vida mística; entonces el amor de caridad se despliega plenamente y libremente en el alma, tanto en cuanto a su poder de enajenar el alma de sí misma (la persona o subjetividad misma es dada a Dios abiertamente, al desnudo, directamente) como en cuanto a su intensidad.

Pero hemos indicado más arriba que en el amor de caridad el grado de la amistad y el grado del amor no difieren necesariamente en cuanto a la intensidad. Debemos, pues, decir ahora que si el alma se ha mantenido bajo el régimen predominante de la amistad, en la que no ha franqueado el umbral de la vida mística, puede todavía alcanzar aquí abajo cierta perfección de la vida humana y de la caridad (perfección desde cierto punto de vista), — entonces el amor de caridad se despliega sin obstáculos en el alma, en cuanto a la intensidad [12], pero no en cuanto al poder de enajenar el alma de sí misma. En el cielo será donde esa alma conocerá la perfección de la caridad en el sentido absoluto de la palabra.

No olvidemos, además, que cuando el alma vive bajo el régimen de la amistad con su Dios, tiene ya en sí, como toda alma en estado de gracia, el amor loco de Dios, aunque oculto en el inconsciente y que no se manifiesta más que por relámpagos, de vez en cuando. Esta alma no vive en estado místico o bajo el

12 Entendemos que entonces la intensidad de la caridad es bastante grande para que ésta se despliegue sin obstáculos en el alma, a condición de que no le sea impuesta una prueba demasiado aplastante. Porque en la perspectiva concreta en que nos hemos colocado, también hay que tener en cuenta las pruebas que Dios permite y la proporción que les asigna. A oveja tranquila Dios mide el viento.

Es indudable que bajo el régimen del amor loco un alma puede, en el curso de su adelantamiento, alcanzar una perfección de la caridad mayor que bajo el régimen de la amistad, tanto en cuanto a la intensidad como en cuanto a la profundidad del don de sí. (No olvidemos que la perfección de la caridad que el hombre puede alcanzar aquí abajo no es un punto indivisible, es una magnitud que sigue desenvolviéndose y supone grados variados.)

régimen del amor loco, pero recibe en su vida toques de inspiración mística y de amor loco de Dios. ¿No enseña Santo Tomás que los dones del Espíritu Santo son necesarios para la salvación? Con mucha más razón serán necesarios para la perfección, aunque no sea más que bajo un solo aspecto, de la caridad.

El instante de la muerte

¿Qué decir después de todo esto de la preparación o disposición del alma en relación con el instante de la muerte?

Un alma, después de haber entrado en la vida mística o en el régimen del amor loco de Dios ha seguido hasta el final de su ruta y ha alcanzado, en cuanto ello es posible aquí abajo, la perfección de la caridad puramente y simplemente o en todos sus aspectos, está dispuesta no sólo a ser salvada pasando quizá por el purgatorio, sino a unirse con Jesús en el paraíso en el instante mismo en que abandone su cuerpo. Si, pues, ella persevera en esta disposición y franquea el paso de la muerte en un acto perfecto de amor loco de Dios, entra derechamente en el cielo.

Un alma que, habiéndose quedado bajo el régimen de la amistad, y no habiendo entrado en el estado místico, ha llegado hasta el final de su ruta y ha alcanzado aquí abajo la perfección de la caridad en algún aspecto (en el aspecto de la intensidad, no en cuanto al poder de enajenar el alma de sí misma) está preparada o dispuesta no sólo para ser salvada pasando quizá por el purgatorio, sino para unirse con Jesús en el instante mismo en que abandone su cuerpo. Si persevera en esta disposición, el instante de la muerte será también el instante en que el amor loco proclamará en ella su imperio y su soberanía, franqueará el paso de la muerte en un acto perfecto de amor loco a Dios y entrará derechamente en el cielo.

Un alma que posee la caridad, pero que no ha llegado aquí abajo a la perfección de la caridad (no absolutamente hablando, ni en un determinado aspecto), está preparada o dispuesta para ser salvada pasando quizá por el purgatorio, pero no para reunirse con Jesús en el instante mismo en que abandone su cuerpo. Sabemos, sin embargo, que podrá reunírsele en ese instante. Si franquea el paso de la muerte en un acto perfecto de caridad (que no puede ser entonces más que un acto de amor loco de Dios y entrará derechamente en el cielo.

Finalmente, un alma que no tenga la caridad y que viva en el mal no está preparada o dispuesta a ser salvada ni a unirse a Jesús en el instante mismo en que abandone a su cuerpo. Sabemos, con todo, que en un supremo sobresalto de caridad podrá ser salvada en ese postrer instante, más aún, que podrá unirse inmediatamente con Jesús. *Hodie mecum eris in paradiso.*

Contemplación franca y contemplación encubierta

Y ¿qué hay de la contemplación infusa en relación con la perfección de la caridad? Ya sé que el tema suscita mucha controversia, pero esto mismo da a cada uno más libertad para proponer la opinión que estime verdadera.

Quiero observar ante todo que la expresión «vida mística» y la expresión «vida contemplativa» no son sinónimas. La primera es más amplia que la segunda. Hay vida mística cuando un alma ha entrado bajo el régimen del amor loco de Dios: ahora bien, pueden entrar bajo este régimen hombres que se dedican a la vida activa como también hombres dedicados a la vida contemplativa. En otras palabras, hay vida mística cuando un alma ha entrado bajo el régimen habitual de los dones del Espíritu Santo. Pues bien, entre los siete dones, dos son los más altos -los dos primeros- el don de Sabiduría y el don de Inteligencia (y también, en cuanto al conocimiento de las criaturas saboreado en la unión con Dios, el don de Ciencia), de los que sobre todo depende la vida contemplativa. Los otros dones tienen que ver más o menos con la vida activa; de ellos dependerá principalmente esta vida si es que ha entrado bajo el régimen habitual de los Dones del Espíritu, dicho de otro modo, si es tributaria del estado místico y de la inspiración mística.

Dicho esto, sin embargo, hay que observar inmediatamente que los dones del Espíritu Santo están en conexión entre sí, y que el don de Consejo o de Temor, por ejemplo, no puede ejercitarse sin que intervengan también los dones de Sabiduría y de Inteligencia. La diferencia dependerá de la manera en que el ejercicio de tal o cual don aparezca o se manifieste más y más, a la vez en el alma y en el comportamiento. En el hombre dado a la vida activa, las inspiraciones referentes a las decisiones que ha de tomar desempeñarán una función central, las referentes al gusto de las cosas divinas, una función quizá solamente marginal en cuanto al campo de visibilidad; el ejercicio del don de Sabiduría y del don de Inteligencia permaneced más o menos oculto e invisible.

Síguese de ahí que, en los que han franqueado el umbral del espíritu o de la vida mística, la gracia de la contemplación, de h entrada amorosa y sentida en los estados de Jesús, actuará ordinariamente de modo muy diferente según que sean contemplativos o activos. Porque, como ya lo he notado anteriormente, hay una contemplación infusa encubierta, de forma atípica, amortecida o discontinua (con la que los «activos» deberán contentarse muy a menudo), como hay una contemplación infusa franca, típica o manifiesta (más propia de los «contemplativos»). Entre las almas entregadas a la libertad del Espíritu de Dios, aquellas «cuyo estilo de vida es activo tendrán la gracia de la contemplación, pero las más de las veces de una contemplación encubierta, no aparente; quizá sean capaces solamente de rezar rosarios y la oración mental no les proporcionará más que dolor de cabeza o sueño. La misteriosa contemplación no estará en su oración, sino, quizá, en la suavidad de sus manos o en su manera de caminar o en la mirada con que mirarán a un pobre o verán el sufrimiento» [13].

Saquemos de estas consideraciones que, decir que un hombre está dado a la contemplación o que lleva la vida contemplativa, y decir que está alimentado, aunque sea inconscientemente, por una contemplación infusa más o menos encubierta (y que, sin saberlo, difunde en torno a sí el olor o la suavidad de esa contemplación), son cosas muy diferentes. Pero en ambos casos el hombre en cuestión habrá entrado bajo el régimen de la vida mística o del amor loco de Dios, y tenderá a la perfección de la caridad tomada absolutamente hablando y bajo todos los aspectos; y la contemplación, a título de tal o de cual, aunque sea a escondidas, tendrá en su vida una función rectora habitual.

Así se comprende que, como Raïssa y yo escribíamos en 'Liturgie et Contemplation' «lo que parece deducirse de la experiencia es, en primer lugar, que la contemplación infusa superior parece estar siempre ligada a una elevada perfección; pero, en segundo lugar, que la elevada perfección no siempre parece ligada a la contemplación infusa superior, tomada en la, formas típicas expuestas por los maestros» [14]. Al avanzar hacia la perfección de la caridad, tomada en sentido absoluto y bajo todos los aspectos

13 «Action et Contemplation», en mi libro *Questions de Conscience*, 1938, págs. 145-146.- Así todas las almas que han franqueado el umbral de la vida mística entran al mismo tiempo a participar de «una contemplación típica o atípica, manifiesta o encubierta, que es el ejercicio multiforme del don de Sabiduría libre e inaprensible y que trasciende todas nuestras categorías, y capaz de todos los disfraces y de todas las sorpresas» (Ibid., pág. 146),

14 *Liturgie et Contemplation*, 1959, pág. 47.

(bajo el aspecto del poder de enajenar el alma de sí misma como bajo el aspecto de la intensidad) uno sigue su camino de una manera (vida contemplativa donde los dones de Sabiduría y de Inteligencia se ejercen de una manera predominante y donde un testimonio más completo, el único absolutamente necesario, es dado a la fuente suprema de toda perfección entre nosotros: el amor loco de Dios por los hombres y su deseo de que el alma se haga un solo espíritu y amor con El), otro sigue su camino de una manera distinta (vida activa en la que el ejercicio de los otros dones es predominante pero en la que el de Sabiduría y de Inteligencia están presentes, aunque a menudo más o menos ocultos, y en la que se da un testimonio más completo, no digamos que al amor fraterno, digamos que al servicio del prójimo, en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo, que es una consecuencia de este amor y al cual este amor quiere que haya quienes se entreguen).

Vida contemplativa y vida activa en el régimen del amor loco

Sería mucha presunción por mi parte querer decir algo, después de lo que ya ha dicho Raïssa, acerca de la misión de los contemplativos, a la vez en lo que se refiere a lo esencial de su vida y en lo que se refiere a su función de testigos entre los hombres, ante todo por el ejemplo, pero también cuando han recibido la gracia, con su palabra.

En cuanto a los activos, parece que los más grandes son los que, siendo mejores conocedores de los resortes secretos de su propia vida, y dirigiendo una atención más reverente a los soplos de lo alto que les vienen, son elevados dentro de las mismas exigencias de la abnegación fraterna o del apostolado, a una contemplación no sólo encubierta sino franca y típica y, exactamente como los puros contemplativos, ilustran con una luz especialmente viva la constatación mayor enunciada por el P. Lallemand: «Sin la contemplación nunca se avanzará mucho en la virtud ... Nunca se saldrá enteramente de las debilidades y de las imperfecciones. Siempre Se estará ligado a la tierra, y nunca se elevará mucho por encima de los sentimientos de la naturaleza. Nunca Se podrá rendir a Dios un servicio perfecto. Pero con ella se hará más, para sí y para los demás, en un mes, de lo que se haría sin ella en diez años. Ella produce... actos de amor de Dios muy sublimes y que sólo rara vez se hacen sin este don... y, finalmente, perfecciona la fe y todas las virtudes... » [15].

15 Doctrina Espiritual, 1960, Desclée de Prouwer, Bilbao, páginas 306-307.

Es la pura verdad. Y, con todo, también es verdad que, para un gran número de aquellos a quienes guía el Espíritu, esta contemplación bendita sigue siendo, como lo hemos notado más arriba, más o menos invisible y oculta. Y también puede ocurrir que un alma, consagrada por el estado que ha elegido a la vida contemplativa o a la vida activa, crea a menudo (porque la contemplación puede ser *completamente* encubierta y porque el amor, incluso el amor loco – y esto ya es verdad en el orden simplemente humano –, no es necesariamente consciente) que no ha franqueado el umbral del estado místico o del régimen del amor loco, cuando en realidad hace mucho que lo franqueó. Poco importa; lo que aparece o no a la conciencia es en tal caso muy secundario. Lo cierto es que para todos los que en realidad han franqueado el umbral en cuestión, no hay más que un solo camino, pero uno se dirige de un modo y el otro, de otro. Y en esta ruta hacia la perfección del amor tomada absolutamente o bajo todos los aspectos, en definitiva la acción de una u otra manera ^[16] sobreabunda de contemplación encubierta, cuyo sabor sapiencial pasa secretamente a través de las inspiraciones que más especialmente se refieren a la vida activa, y a través del ejercicio de los dones correspondientes; en definitiva, el alma, ya sea que lleve una vida activa o una vida contemplativa, y que en un estado de vida como en el otro tenga la gracia de una contemplación franca o de una contemplación encubierta, elevada al estado místico participa habitualmente de un influjo contemplativo, se refresca de una manera o de otra en las fuentes de la contemplación, sea que beba a grandes sorbos, sea que el agua viva le llegue gota a gota y por mano de intermediarios. Es la ruta del amor loco.

El régimen de la amistad

Sin embargo, hay, de hecho, y ya lo hemos visto (es una cuestión de hecho y no de derecho), otra familia – y sin duda mucho más numerosa – de almas auténticamente cristianas que avanzan también aquí abajo hacia la perfección de la caridad, pero esta vez tomada solamente bajo un determinado aspecto. En sus relaciones con Dios, estas almas no están bajo el régimen del amor loco, sino bajo el régimen de la amistad. Es en

16 Sea de derecho y en virtud de una exigencia de su misma naturaleza (como en el caso de la predicación del Evangelio o de la enseñanza de la sacra doctrina), sea (en el caso de cualquier otra actividad) en virtud del modo según el que ella procede, de hecho, bajo el régimen del amor loco.

la ruta de la amistad [17] en la que van progresando aquí abajo hacia la perfección del amor tomado bajo el aspecto de la intensidad, no del poder de enajenar el alma de sí misma; y siguiendo esta ruta pueden desembocar, en la tarde de su vida de aquí abajo, directamente en el cielo — pero sólo en ese instante, y luego, a lo largo de toda su eternidad, habrán entrado de una manera total y plena bajo el imperio del amor loco. En su vida de aquí abajo no entran en el régimen habitual de los dones, no franquean el umbral de la vida mística. En la situación o en las circunstancias concretas en que su existencia está colocada, no están llamadas, de hecho, a la contemplación infusa; no beben en las fuentes de la contemplación [18].

Con todo, también hemos visto que estas almas que tienen en sí el amor loco, aunque más o menos oculto en el inconsciente y que no se manifiesta más que en forma de relámpagos, de cuando en cuando, reciben en el curso de su vida toques de inspiración mística o de amor loco de Dios. Porque si la inspiración superior del Espíritu no llegara, siquiera en ciertos momentos especialmente decisivos, quizá muy raros (pero en todo caso siempre existe el instante del primer acto de libertad en que el hombre opta por su fin último, y el postrer instante de la vida en el que se arroja o no en la Misericordia eterna), a elevar nuestro actuar por encima de los poderes de nuestra misma razón iluminada por la fe, no habría salvación para nosotros, y, con mucha más razón, no habría progreso hacia la perfección de la caridad.

17 Los dos caminos – camino de la amistad, camino del amor loco – de que hablo aquí nada tienen que ver con las dos vías cuya teoría han construido algunos autores y a las que consideraban distintas de derecho y conducente, a un mismo término, santidad y elevada perfección. Sólo de hecho se contradistingue el camino de la amistad del camino del amor loco. Y debería llevar al camino del amor loco, y la perfección a que lleva es menos elevada que aquella a que lleva el camino del amor loco. Y si en el atardecer de esta vida un alma que ha vivido bajo el régimen predominante de la amistad con Dios puede entrar derechamente en el cielo, no es porque en este caso ha hecho en el último instante un acto perfecto de amor loco.

18 Por el hecho mismo de que el amor de Dios y el amor del prójimo son dos aspectos de una sola y única caridad, la distinción entre el régimen predominante de la amistad (en que la vida activa no ha traspasado el umbral del estado místico) y el régimen predominante del amor loco (en que la contemplación es franca en unos – los «contemplativos» – y encubierta en otros – los «activos» –), debe volver a encontrarse en la actitud del alma para con el prójimo. ¿Cómo así? Puede decirse, a mi parecer, que, bajo el régimen predominante de la amistad con Dios, amamos a nuestros hermanos tratando de amar al prójimo como Jesús lo amaba; y que bajo el régimen predominante del amor loco por Dios, TAMBIÉN (y en primer lugar) amamos al prójimo viendo a Jesús en él («Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber... » Mt 25, 35).

Hay que decir, en consecuencia, que las personas de que hablamos reciben a un tiempo *toques* fugaces más o menos profundos del don de sabiduría y, a la vez, *toques* fugaces más o menos profundos de contemplación. Lo cual no quiere decir, ciertamente, que esas personas deban trabajar con ahínco y esforzarse por alcanzar la contemplación, pero sí quiere decir que deben ser fieles a la oración vocal y, si disponen de tiempo, a la meditación, y deben mantenerse disponibles para todo momento de recogimiento pasivo que pudiera serles concedido cualquier día. ¿Quién sabe, en efecto, si no llegará algún día la contemplación, sin ellos saberlo, a esconderse en su oración vocal para difundir habitualmente su influencia en su vida? ¿Quién sabe si algún día no surgirá el amor loco de Dios del fondo de sus almas con una fuerza irresistible para hacerse con el gobierno de ellas mismas, de manera que se vean llevadas del régimen de la amistad al régimen del amor loco? Todo depende en estos casos de la libertad del Espíritu de Dios, que es una libertad absoluta, y que puede hacer entrar a quienquiera, sea cual fuere su estado de vida, bajo el régimen de los dones, modificando quizá entonces (a veces, sacudiendo) tales elementos de la situación o cuales circunstancias concretas que, de hecho, servían de obstáculo, para tal alma determinada, a la llamada cercana o lejana a la que de derecho, y hablando en teoría, toda alma humana, y especialmente toda alma vivificada por la caridad, se halla sometida con respecto a la vida mística y la contemplación (franca o encubierta).

La verdad es que el obstáculo que acabo de mencionar, funciona de hecho para muchedumbres de almas, aun de almas auténticamente cristianas; las situaciones precisas y las circunstancias concretas a las que este obstáculo se debe pueden provenir algunas veces de la negligencia del alma, pero, por regla general, dependen de la misma condición humana, es decir, que la Providencia divina los toma por su cuenta. y es verdad que todas las almas para las que el Espíritu de Dios no ha levantado el obstáculo en cuestión pueden – y deberían – caminar hacia la perfección del amor que se ha de alcanzar aquí abajo, aunque no sea más que bajo el aspecto de la intensidad y caminando solamente bajo el régimen predominante de la amistad.

Y si aun de esto mismo muchos se muestran incapaces, y son demasiado débiles para practicar en todos sus preceptos la Ley de Dios, saben, al menos, o deben saberlo, que el amor *es el verdadero rostro de Dios* y que este amor jamás deja de tener compasión de ellas y de pedirles su amor, y de esperar que, confesando sus miserias, se vuelvan hacia la Misericordia.

Acerca de la palabra contemplación

Parecerá, quizá, que en toda la discusión precedente la palabra contemplación ha sido empleada de una manera un tanto elástica. Respondo que esta elasticidad era objetivamente necesaria. ¿Por qué? Porque la palabra contemplación es una palabra que es necesario emplear, a falta de otra mejor, pero que no es buena en sí misma. No hay palabra para expresar algo que ocurre en el hombre y que, sin embargo, trasciende todo concepto humano — esa *passio divinorum*, ese conocimiento de Dios que más es experiencia que conocimiento y, con todo, conocimiento supremo, y que se produce por el amor y la unión de amor, y que está a mil leguas de la *theoria* de los griegos como de la especulación o contemplación filosófica. La palabra contemplación ha sido conservada por la tradición cristiana porque al menos salvaba el carácter de conocimiento supremo propio de la experiencia en cuestión. Pero, a decir verdad, no ha sobrevivido sino porque se ha dejado vencer por un sentido demasiado pesado para llevarlo, y porque, en virtud de una *rendición incondicional* ha consentido en convertirse en equívoca, por lo demás con una feliz equivocidad, fecunda y provechosa para los espíritus, excepto para los que no saben dominar los signos que usan.

Santos ejemplares y santos ocultos

En el cielo indudablemente hay muchos, inmensamente más santos de los que podemos imaginar.

Esto es cierto, en primer lugar, en cuanto a los santos en el sentido ordinario de esta palabra, quiero decir, de los santos *ejemplares*, de los héroes de la vida moral y espiritual cuya práctica y ejemplo (aunque fuera en el último período de su existencia aquí abajo, como en el caso de algunos mártires que antes de dar el testimonio de la sangre pudieron cometer graves faltas, o en el caso del Buen Ladrón, que hizo su gran acto de amor justamente antes de dar el último suspiro) superaron la vida común de los hombres y son aptos para ejercer sobre la humanidad aquella soberana atracción de que habla Bergson. Estos santos ejemplares no viven como todo el mundo, en el sentido de que incluso, a veces, en su comportamiento exterior la medida de su acción, por ser la de los dones del Espíritu, es más elevada que la de las virtudes morales adquiridas o infusas;

nos sorprenden, nos desconciertan siempre de alguna manera; su heroísmo, por muy secretas que sean sus fuentes, no puede por menos de manifestarse de alguna manera. Son santos canonizables. Cierta número ha sido canonizado. Otros, que forman una multitud incomparablemente mayor, no lo serán jamás. Todos entraron en cierto momento de su vida bajo el régimen del amor loco, y avanzaron desde entonces hacia la perfección de la caridad tomada en sentido absoluto o bajo todos los aspectos. Todos de una vez, aunque lo fuera en el último período de su existencia, atravesaron el umbral del estado místico y recibieron el maná de la contemplación infusa (franca o encubierta); todos fueron corredentores con Cristo, porque estuvieron unidos con El desde aquí abajo, no sólo por su pertenencia al Cuerpo místico, sino también en una relación inmediata o donación mutua inmediata de persona a persona, como al Esposo de su alma.

Al decir que en el cielo hay inmensamente más santos de lo que nosotros podemos imaginar, pienso también en los santos que pudiéramos llamar *ocultos*, porque, excepto por lo que se refiere al secreto de los corazones, llevaron entre nosotros la vida de todo el mundo. Si hay heroísmo en su vida, y sin duda lo hay, es un heroísmo perfectamente oculto. Sin embargo, les cuadra el nombre de santos en el sentido de que de esta vida terrestre han pasado derechos al cielo [19], habiendo caminado con perseverancia en la ruta de la amistad con Dios hasta alcanzar aquí abajo la perfección de la caridad (en el aspecto de la intensidad). Entonces, como ya lo he indicado, su postrer instante ha sido un instante de triunfo del amor loco que proseguirá por la eternidad. Yo no dudo que estos santos (que no son canonizables) forman una multitud mucho mayor todavía que los santos canonizables que nunca serán canonizados. y también por ellos, por ellos sobre todo, celebra la Iglesia cada año la fiesta de Todos los Santos. y aquí hay que pensar, en primer lugar, en la inmensa masa de los pobres y del pueblo menudo de Dios, quiero decir, en todos los que entre ellos practicaron hasta el final la abnegación de sí, la entrega a los demás y la firmeza de las virtudes.

Durante siglos han existido (sólo es un ejemplo entre otros) familias de

19 Se me aceptará esta definición, aunque, en un sentido más general, el nombre de santos conviene, evidentemente, a todos los que están en el cielo, aunque hayan tenido que sufrir primero las purificaciones del purgatorio.

campesinos en las que el trabajo era santificado por los sacramentos, la oración común y la lectura diaria de la vida de los santos, y en las que el temor de Dios, la virtud de la religión y cierto rigor de costumbres servían como de santuario o de tabernáculo a las virtudes teologales: esas familias habrán dado, sin duda, un serio porcentaje de santos que, tras haber «vivido como todo el mundo», pasaron derechamente al cielo. El Padre Lamy, al que llamábamos «el santo Cura», no dejaba de insistir en esto. Los santos de que hablo aquí, en su mayor parte no habían franqueado, sin duda, el umbral del estado místico ni habían tenido experiencia (a no ser por los *toques* fugaces, más o menos raros, y generalmente desapercibidos para ellos mismos, que más arriba he mencionado) de la contemplación ni siquiera difusa o encubierta. Sin embargo, también ellos habían cumplido por su parte, como todo cristiano que posee la caridad, con la vocación corredentora que el bautismo imprime en las almas, no ciertamente con la plena libertad y los supremos sacrificios del amor loco que son el privilegio de los Santos canonizables, sino llevando como ellos su cruz con Jesús, y en cuanto miembros y partes. de ese Todo humano-divino inimaginablemente grande que es el Cuerpo místico de Cristo.

¿Se podrá decir con verdad que a medida que cae la tarde y que las viejas cristiandades se deshacen resulta más difícil a la masa de los hombres guardar la caridad y seguir fieles hasta el fin bajo el simple régimen de la amistad con el Señor, y poblar el cielo de santos que han «vivido como todo el mundo»; mientras que al mismo tiempo, para compensar y sobrecompensar las pérdidas, algo crece, en cantidad o en calidad; de la parte de las almas que viven bajo el régimen del amor loco y cuya función en la economía de la salvación va creciendo en importancia porque (y esto es especialmente cierto, por pequeño que sea en comparación su número, respecto de las almas en quienes la contemplación infusa se despliega libremente) su intimidad vivida con Jesús, su despojo total y sus aniquilamientos son cada vez más necesarios para pagar la salvación de muchos y para hacer presentes entre los desgraciados hombres, y accesibles a sus ojos, las profundidades de la bondad, de la inocencia y del amor de Dios?

Yo así lo creo. Hace ya mucho tiempo que escribí que vendría un día en que el mundo ya no sería habitable más que para las bestias o los santos, para los grandes santos.

III

SOBRE EL MATRIMONIO CRISTIANO

Matrimonio, amistad y amor

Expuse ya en otra parte [20] algunas reflexiones más o ‘menos deshilvanadas acerca del matrimonio. Me permito repetir aquí, para comenzar, algunas de ellas precisándolas un tanto.

Señalaba en primer lugar que sería una gran ilusión pensar que el matrimonio debe ser el cumplimiento perfecto del amor-pasión o del amor romántico. Porque el amor-pasión y el amor romántico, como no son en realidad otra cosa que el deseo animal disfrazado de amor puro por la imaginación, son de suyo no permanentes y perecederos, aptos para pasar de un objeto a otro, y por lo mismo infieles, y finalmente intrínsecamente divididos entre el amor por el otro, que ellos han despertado, y su propia naturaleza esencialmente egoísta.

Sin duda, el amor como deseo y pasión y el amor romántico – o, al menos, algo de él – deben estar presentes en cuanto sea posible en el matrimonio como estimulante inicial y punto de partida. Pero lejos de tener como meta esencial «el llevar al amor romántico a su perfecto acabamiento, el matrimonio tiene que efectuar en el corazón humano algo muy diferente; una operación de alquimia mucho más profunda y más misteriosa: quiero decir, que debe transmutar el amor romántico, o lo que de ello existía en el comienzo, en un amor humano real e indestructible, y en un amor realmente desinteresado» [21] que ciertamente no excluye la pasión carnal y el deseo, pero que se eleva cada vez más por encima de ellos; porque de suyo y por esencia, principalmente es espiritual, un don completo e irrevocable del uno al otro, por el amor del otro.

El amor de que hablo aquí es, ante todo, un amor de dilección. No es necesariamente el amor loco; pero sí es necesariamente y primordialmente el amor de abnegación y de amistad, esa amistad entre esposos completamente

20 Cf. *Réflexions sur l'Amérique*, págs. 145-149; *La Philosophie morale*, págs. 443-444.

21 *Réflexions sur l'Amérique*, pág. 148

única, uno de cuyos fines esenciales es el compañerismo espiritual entre el hombre y la mujer para ayudarse uno al otro y realizar aquí abajo su destino; y es también un amor (hablo del amor en su forma ordinaria, de lo que al comienzo he llamado el «amor noble» sin más) que está en verdad a la medida del hombre y al que el alma, como los sentidos, es impulsada [22], de manera que en ese amor, en el que el deseo está presente con todo su poder, sin embargo, la dilección supera realmente a la concupiscencia. Finalmente, el comercio carnal efectivo está también implicado en ello [23], puesto que el otro fin esencial del matrimonio es la perpetuación de la especie humana, razón por la cual cada esposo tiene derecho sobre el cuerpo del otro.

La esencia del amor conyugal consiste en la amistad única y sagrada de que acabo de hablar, más el amor (cuando está presente), el amor noble igualmente único y sagrado que a ella se junta o debiera normalmente juntarse. Por la amistad, el matrimonio «puede constituir entre el hombre y la mujer una verdadera comunidad de amor, construida, no sobre la arena sino sobre la roca, porque está basada en un amor auténticamente humano, no animal, auténticamente *personal*, gracias a la dura disciplina del sacrificio de sí y a fuerza de renunciaciones y de purificaciones. Entonces, en un flujo y reflujo libre e incesante de emoción, de sentimiento y de pensamiento, cada uno participa realmente, por la virtud del amor, de esa vida personal del otro que es por naturaleza la incomunicable posesión del otro. Y entonces puede cada uno hacerse para el otro una especie de ángel custodio, dispuesto, como deben estarlo los ángeles custodios, a perdonar mucho al otro, eh una palabra, «un ser consagrado al bien y a la salvación del otro» y aceptando «que le sean plenamente confiados la revelación y el cuidado de todo lo que el otro es en sus entresijos humanos más radicales» [24].

A esta amistad fundamental y primordialmente exigida, a este amor de entera abnegación, con el comercio carnal implicado por el matrimonio, y

22 Un amor así es normal en el matrimonio, pero no es necesario, falta, de hecho, en muchos matrimonios, cuyo motivo principal ha sido de orden social, no personal – obediencia a los padres, conveniencias, sin hablar de las ventajas financieras y de las «esperanzas» del «rango» o del orgullo familiar, etc. –, en una palabra, «matrimonio a de conveniencia».

23 Aun en los matrimonios sin amor de que se habla en la nota anterior.

24 *Réflexions sur l'Amérique*, págs. 149, 152

con el amor de los sentidos y del alma, el amor noble que incluye o debería normalmente incluir, puede añadirse el amor loco, en el que el don directo es llevado a su forma extrema y absolutamente plena, al descubierto y al desnudo, de la persona o subjetividad entera –y no solamente en su cuerpo, sino absolutamente en todo lo que ella es –, de manera que la personalidad se hace verdaderamente parte de la otra como de su Todo. El amor loco viene entonces como añadidura, pero como respuesta a un deseo radical inscrito en el ser humano, puesto que, como lo hemos visto antes, el amor loco, en el que el amante se extasía en la amada, y la amada en el amante, y se hace carne de su carne y un solo espíritu con él, es la cima y la perfección del amor entre el Hombre y la Mujer. Es, pues, por esto mismo, la cima de la perfección del amor entre esposos.

No creo que esta cima sea alcanzada a menudo, ¡ni mucho menos! Pero cuando es alcanzada en virtud de una fortuna extraordinaria que es un don especial y gratuito, es la gloria y el cielo de aquí abajo, donde se hace realidad un sueño del fondo de los siglos consustancial con la naturaleza humana, y cuya nostalgia, inherente a la pobre humanidad, manifestaban todos los cantos de himeneo cantados a lo largo de los siglos anteriores.

El estado de matrimonio, el régimen de la amistad con Dios y el régimen del amor loco por Dios

¿Qué decir, después de esto, del matrimonio y del amor conyugal en relación con la vida espiritual y con aquella perfección de la caridad hacia la cual está mandado que todo cristiano debe tender según su condición y sus posibilidades?

Es sabido que, hablando estadísticamente, pocas instituciones se hallan sometidas entre los hombres a tantas servidumbres sociales variables con los tiempos y las corrientes de civilización, a tantos accidentes, azares y miserias, a tantos hábitos de egoísmo y de rudeza, y hasta de mentira o de apariencia engañosa, y expuestas a tantos fracasos como el matrimonio. No es sorprendente, ya que el estado de matrimonio es la condición de la gran mayoría de los seres humanos. Pero también es cierto que, de hecho, son muchos los buenos

matrimonios, en los que la naturaleza humana alcanza una real felicidad a la medida de aquí abajo, y por los cuales, haciendo crear a Dios almas inmortales y trayendo al mundo a nuevas personas humanas, el hombre y la mujer realizan la obra de propagación ordenada por El a nuestra raza, de tal modo que sea verdaderamente para ellos y para sus hijos lo que es en los designios del Creador, la grande y primordial bendición terrestre.

Y también es cierto que el estado de matrimonio, tal como el cristianismo lo entiende, y que la gracia de los sacramentos hace posible vivirlo, no es ni *ese estado de imperfección* decididamente aceptado, al que una pseudo teología en dolores de parto en la imaginación de algunos laicos parecía a veces querer entregar a éstos, ni esa caricatura de unión llamada cristiana en la que un marido no veía en su mujer más que una carne a él destinada para que pudiera poner su concupiscencia en regla con la Ley de Dios. El estado de matrimonio es un estado santo o consagrado, en el que, compañeros en la tierra en las penas y en las alegrías de la vida, así como en su misión para con sus hijos, los dos esposos (a consecuencia de sus mismas diferencias y del rodaje que exigen) van liberándose mutuamente de las fatalidades hereditarias que los muertos de la raza de cada uno hacen pesar sobre él, y deben normalmente ayudarse el uno al otro a avanzar contra viento y marea hacia la perfección de la vida humana y de la caridad: de tal modo que, para el alma de cada uno, en la medida en que sea fiel a la gracia, el estado de matrimonio pueda desembocar finalmente, no sólo en esa antecámara de la bienaventuranza, que son las purificaciones del purgatorio, sino directamente en la visión de Dios y de la eternidad feliz.

Si ahora volvemos a lo que más arriba se ha indicado acerca del régimen de la *amistad* en las relaciones del alma con Dios, y si recordamos que, dada la condición humana, la amistad será, de hecho, lo que normalmente hallaremos más a menudo en la gran masa de las almas que poseen la caridad y en ella progresan lo mejor que pueden, deberemos decir que sin duda la mayoría de las almas, que en el estado de matrimonio avanzan hacia la perfección de la caridad, se hallan sin duda bajo ese régimen de la amistad con Dios. Esas almas no franquean el umbral de la vida mística; tampoco se refrescan, ni siquiera aunque bebiendo gota a gota, en las fuentes de la contemplación, aunque no sea más que atípica y encubierta; si reciben toques fugaces de ésta, es de una manera completamente intermitente y generalmente sin apercibirse en modo alguno.

Pero avanzan fielmente en el amor y pueden alcanzar aquí abajo su perfección [25], si no en cuanto al poder de enajenar el alma de sí misma, al menos en cuanto a la intensidad (y a condición, sin duda, de que Dios les ahorre pruebas demasiado abrumadoras). Pueden ofrecer al cielo muchos santos ocultos.

¿Vamos a decir que en el estado de matrimonio el alma humana no podrá, en sus relaciones con Dios, situarse bajo el régimen del *amor loco*? De ningún modo. No sólo lo puede, sino que la historia de los santos muestra que, de hecho, ha sido así para bastantes esposos (y la historia únicamente habla de los santos canonizados, pero también existen los santos canonizables no canonizados...).

¿Cómo habría de ser de otro modo, ya que todos son llamados, de derecho, a la perfección de la caridad tomada en sentido absoluto, bajo el aspecto del poder de enajenar el alma de sí misma como bajo el aspecto de la intensidad, y, por tanto, a la vida mística, y, por tanto, a la contemplación ya franca ya encubierta?

Probablemente, incluso hay casos particulares – suponiendo que los esposos, o uno de ellos, sean el objeto de una llamada directa de Dios y que a Él respondan – en los que el estado de matrimonio, dada la perpetua atención al otro y los sacrificios diarios que exige, y la experiencia humana y las innumerables ocasiones de misericordia y de ayuda fraternal que entraña la vida en medio de los hombres, ofrece a tales o cuales gentes casadas, a la vez que peligros mayores debidos a todos los incentivos del mundo, condiciones morales más propicias que los que el estado religioso ofrece a tales o cuales religiosos, para la entrada del alma bajo el régimen habitual de los dones del Espíritu Santo. Y esta observación puede ser verdadera, en el caso en que circunstancias excepcionales aligeren, por poco que sea, la aplastante carga material del padre y de la madre de familia, con respecto a la misma vida contemplativa, a mi parecer, en el desasimiento y en la simplicidad del «caminito» enseñado por Santa Teresa de Lisieux más bien que con los grandes signos típicos descritos por San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Avila.

25 Señalemos aquí que, cuando se camina hacia la perfección bajo el régimen de la amistad, puede avanzarse mucho por este camino, sin conflicto demasiado grave, sin dejar de amar con amor loco a un ser humano, precisamente porque bajo tal régimen el amor loco divino no manifiesta totalmente sus exigencias.

«A la verdad, escribía Raïssa en *Liturgie et Contemplation*, la contemplación no ha sido dada únicamente a los Cartujos, a las Clarisas, a las Carmelitas... Frecuentemente es el tesoro de personas ocultas en el mundo – conocidas sólo por algunos – de sus directores, de algunos amigos. A veces, en cierto modo, ese tesoro está escondido a las almas mismas que lo poseen, que lo viven con toda simplicidad, sin visiones, sin milagros, pero con tal llamarada de amor a Dios y al prójimo que el bien se realiza en tomo a ellas sin ruido ni agitación.

«De esto tiene que hacerse consciente nuestra época, y de las vías por las que la contemplación se comunica a través del mundo, en una u otra forma, a la gran multitud de almas que tienen sed de ella (a menudo sin saberlo) y que son llamadas a ella, al menos de una manera lejana. La gran necesidad de nuestra época, por lo que a la vida espiritual concierne, es sacar la contemplación a la calle.» [26].

Siempre hay que tender a lo más alto. Por lo mismo es deseable que entre los jóvenes esposos que quieran con toda su alma dedicarse a una vida cristiana, mucho más numerosos de lo que, a consecuencia de ciertos prejuicios, pueda parecer ahora, estén los que, sin hacerse ilusiones acerca de la aspereza del camino, aspiren al ideal más elevado del matrimonio cristiano y a una vida común en la que los dos, avanzando hacia la perfección de la caridad, no se queden en sus relaciones con Dios en el régimen de la amistad, sino que pasen al régimen del *amor loco*.

El estado de padre o de madre de familia es compatible con el progreso en la contemplación infusa y en el amor loco de Dios

Hagamos aquí la observación de que si bien el cristianismo reconoce en la castidad corporal la señal de una consagración más exclusiva a Dios e incluso ve, como lo indicaré más adelante, no ciertamente un lazo necesario, sino cierta conveniencia particular entre ella y la contemplación específicamente cristiana, el comercio carnal entre esposos no es en modo alguno un obstáculo para la vida mística ni para la contemplación, aun

26 *Liturgie et Contemplation*, pág. 76.-El libro es de ambos, pero fue Raïssa quien escribió este pasaje.

muy alta, para aquel de los esposos (o para los dos) que ha (o han) entrado en las vías del espíritu. Esto es evidente si se piensa, por una parte, en la importancia fundamental y universal que el matrimonio y la fecundidad del matrimonio tenían en la Ley Antigua (y tienen aún en el judaísmo), por otra parte, en los grandes y santos contemplativos, en los contemplativos de inmensa envergadura que vivieron bajo la Ley Antigua, como también en los místicos que en los tiempos modernos no ha dejado de haber entre los judíos, en especial entre los Hassidim. Los místicos musulmanes (pienso, como en el caso de los Hassidim, en aquellos que han ido más allá de la mística natural y han conocido la contemplación infusa) podrían también ser invocados como testigos, ya es sabido que Halai, el más sublime y el más heroico de entre ellos, torturado y ahorcado por haber enseñado la contemplación por unión de amor mutuo entre Dios y el hombre, estaba casado y dejó dos hijos.

Finalmente, tampoco faltan los ejemplos entre los contemplativos cristianos. Su número es relativamente pequeño entre los santos canonizados (no hay costumbre, al parecer, de canonizar a simples laicos, excepción hecha de algunos grandes jefes de pueblos).

Sin embargo, santas viudas como Santa Brígida, Santa Francisca Romana, Santa Juana de Chantal, la venerable María de la Encarnación (ursulina), evidentemente no esperaron su viudedad para entrar en las vías de la contemplación infusa; San Nicolás de Flue tampoco esperó para hacerlo a abandonar su familia y hacerse ermitaño; todos fueron previamente grandes contemplativos. La Beata Ana María Taigi era madre de familia. Y ciertamente es mucho más frecuente el caso de personas que vivieron de la contemplación infusa sin ser, sin embargo, beatificadas o canonizadas, como en el siglo XVI y en el siglo XVII (cito al azar a Bremond), María de Valencia y la señora Acarie, Margarita Romanet, la señora du Houx, la señora Helyor y su marido, o en nuestros días Lucía Cristina, Magdalena Serner o Isabel Leseur. Los esposos que se han puesto bajo el régimen del amor loco de Dios, y más especialmente bajo el de la contemplación infusa, ciertamente no están obligados por ello a renunciar a darse carnalmente el uno al otro y a engendrar una prole.

El amor loco humano no es compatible con el progreso en la contemplación infusa y en el amor loco de Dios

Hay, sin embargo, una renuncia y, a decir verdad, mucho más grave, a la que están obligados. Están obligados a renunciar, si alguna vez lo han sentido, al amor loco del uno por el otro. Viviendo bajo el régimen del amor loco de Dios no pueden vivir al mismo tiempo – al menos sin una contradicción y un desgarramiento que les impediría avanzar como Dios lo pide, y bloquearía su camino – bajo el régimen del amor loco de otro ser creado. En el amor loco, ¿no se da el amante al amado corno a su Todo, del que se hace parte? Mi Todo es mi Único. Ya en el orden natural, en el amor loco humano, el don total que el amante hace de sí mismo comprende y exige una absoluta exclusividad. ¡Cuánto más deberá ser así en el orden sobrenatural, en el amor loco cuyo objeto es el mismo Dios! Es verdad que psicológicamente sigue siendo posible (porque en tal caso se trata de dos órganos diferentes e inconmensurables) que con ese amor loco divino y a expensas suyas y en gran conflicto irreconciliable con él, subsiste todavía en el alma, al menos por algún tiempo, el amor loco por una criatura. Pero esto se pagará mucho más caro; porque entonces será el mismo Amado quien, celoso de todo otro apego, y con más razón de otro amor loco en el alma que le ama, se encargará de destruir en ella lo que todavía sirve de obstáculo al amor loco por Él.

Si una persona humana se da verdadera y absolutamente a otra persona humana como a su Único y a su Todo, porque lo ama con amor loco, es verdad que puede amar más a Dios, como lo exige el orden de la caridad – en cuanto a la soberana amabilidad, a la soberana perfección y a los derechos soberanos que el alma reconoce en él, y en cuanto a la obediencia que está dispuesta a prestarle de buena o mala gana –, en una palabra, ella puede amar a Dios con amor de amistad, más que al ser humano al que ama con amor loco (entonces, lo sabemos ya, ama también a Dios con amor loco, al menos con un amor loco oculto en la amistad, y quizá con un amor loco que ha comenzado a desplegarse libremente); pero no puede el alma llegar hasta el fin de lo que el amor loco por Dios exige en cuanto a la integridad del don que ella hace a Dios, no digo solamente de ella misma, sino también de lo que ella ama más que a sí misma. Hay algo que, sin duda, le dará el alma, pero sólo hasta cierto punto, a reserva de ciertos extremos en las exigencias divinas, a reserva de la inmolación:

precisamente aquel o aquella a quien el alma se ha dado absolutamente como a su Unico y su Todo. El amor paternal de Abraham no era un amor loco. El amor maternal de María por Jesús – el más tierno y el más perfecto amor maternal que pueda concebirse – no era un amor loco. (Lo que quiero decir es que María tenía evidentemente el amor loco de Jesús Dios y hombre, pero que su amor materno por Jesús hombre y Dios, por hallarse perfectamente regulado por la caridad, no era un amor loco). El amor loco es loco. Si un hombre ama a una mujer con amor loco, no consentirá entregarla hasta la inmolación, aunque sea al mismo Dios. (Luchará contra Dios, se desgarrará.) Si los dos esposos que entran bajo el régimen del amor loco de Dios saben lo que hacen, saben que deberán renunciar sin más al amor loco del uno para el otro, a lo que en el orden natural es la cima y la gloria del amor conyugal, pero que en el orden sobrenatural es mucho menos que la única y perfecta amistad arraigada en la caridad y la gracia de los sacramentos. Puede suceder que un hombre o una mujer que ha convertido en su Todo a otro ser humano amado con amor loco entre en las vías auténticas de la contemplación. Pero llegará un día, quizá muy tarde, en que comprenderán que una división interior les hace imposible el progreso en esas vías. Deben sacrificar, no ciertamente su amor por ese ser humano, sino su amor loco por él.

El autor del Cantar

El Cantar de los Cantares no es un canto de amor profano, un canto de nupcias humanas que habría sido plagiado para aplicarlo al amor divino. Su tema original, como lo sostiene la tradición de la Sinagoga, y como lo sostienen los mejores exgetas cristianos, era cantar el amor entre Dios y su pueblo, y, con más verdad todavía, cantar a la luz profética el amor nupcial, el amor loco, entre Dios y su Iglesia e, indivisiblemente, entre Dios y el alma llegada a la unión mística con Él.

Pero, al mismo tiempo, está claro que el autor del Cantar de los Cantares era un hombre profundamente entendido, mucho más que el mismo Dante [27] en las cosas del amor profano, de la experiencia del amor loco humano y del

27 Shelley decía que Dante había comprendido los secretos del amor mejor que ningún otro poeta.

amor carnal que normalmente le está vinculado. ¿Había renunciado a la carne cuando escribió el Cantar? Creo que nadie puede decir nada a este respecto. Pero una cosa es cierta, y es que en el momento en que cantaba por experiencia (y con qué experiencia maravillosamente unitiva, en la embriaguez del don total) el amor loco entre Dios y la criatura, había renunciado al amor loco humano.-

Si bien la contemplación cristiana no exige la castidad del cuerpo tiene, sin embargo, una afinidad con ella

He indicado poco más arriba que si la vida contemplativa, no requiere de suyo la castidad del cuerpo, ésta, sin embargo (sea lo que fuere lo que piensen muchos cristianos de hoy, más o menos intoxicados de mala sicología y ante los cuales goza de mala prensa), tiene una cierta relación de conveniencia o de afinidad con la contemplación específicamente cristiana, y que en todo caso el cristianismo reconoce en ella la señal de una consagración más exclusiva de Dios.

Por lo demás, ocurría en otro tiempo que algunos esposos, en determinado momento de su vida conyugal [28], no sólo renunciaban al amor loco del uno para el otro, sino que incluso hacían a veces voto de renunciar a la carne misma para darse más exclusivamente a Jesús. Sin duda se trataba de casos poco frecuentes y debidos a una vocación particular claramente manifestada. De hecho, nadie se extrañaba. Se sabía que el sacramento del matrimonio era vivido por ellos más profundamente, porque uno de los fines esenciales del matrimonio, el compañerismo espiritual entre esposos para ayudarse mutuamente a caminar hacia Dios, se veía confirmado y realizado de una manera superior en el amor loco por Dios. En cuanto al otro fin esencial, la procreación, no se renegaba de él sino que se le transfería a otro plano: aquellos esposos esperaban de Dios una progenie espiritual y a ésta se entregaban.

28 En algunos casos, desde la recepción del sacramento, que era válido, ya que este voto de los dos esposos tenía lugar, no antes sino después del acto de consentimiento mutuo, en que cada uno de ellos había dado al otro pleno derecho sobre su cuerpo, y como un efecto y una confirmación de este consentimiento. Y, a decir verdad, estas cosas no ocurrían solamente en tiempos pasados, (Pienso en una amiga y un amigo muy queridos para nosotros, que se casaron en estas condiciones. Raïssa y yo fuimos testigos de su matrimonio).

Y después de todo disponían de grandes ejemplos -y precisamente en lo más alto de la creación- en los que la humanidad era llevada hasta los confines de la divinidad y a lo más humilde, a lo más pobre y a lo más oculto de la vida entre los hombres. El amor que reinaba entre María y José era el amor conyugal en la plenitud más pura de su esencia. Sin embargo, no sólo la suprema perfección *natural* del amor entre el Hombre y la Mujer, el amor loco, había allí, según la ley de la cruz, cedido su puesto a una suprema perfección sobrenatural incomparablemente más alta, el amor loco de los dos. por su Dios, sino que también se ve en ello que si la castidad del cuerpo, sea lo que fuere de su conveniencia particular con respecto a la contemplación cristiana, no es de ningún modo exigida de suyo para la contemplación, conserva sin embargo una importancia primordial en relación con el *estado de vida*, estado de perfección no sólo que ha de adquirirse, sino, si se trata de Nazaret, ya *adquirida* o *poseída*, a la que por un privilegio único José y María se veían llevados en el estado de matrimonio.

Los méritos de la castidad

¿Por qué esta importancia y estos méritos especiales de la castidad del cuerpo como del alma?

Debo recordar en primer lugar que si bien puede haber unión carnal sin amor loco, por el contrario no puede haber amor loco humano que normalmente no suponga también al' menos de deseo unión carnal. Al renunciar a toda unión carnal, incluso de deseo, el religioso que hace voto de castidad no sacrifica solamente la carne, hace también a la vez un sacrificio que, a decir verdad, va mucho más lejos, alcanza el abismo de las aspiraciones naturales del hombre, no sólo en su, carne sino en su alma y en su espíritu. No renuncia sin duda: (lo cual sería un gran inconveniente para el progreso mismo y la afinación de su vida moral) a toda amistad femenina, si bien deba seguir sometida a una estricta vigilancia interior. Pero sacrifica para él toda posibilidad de alcanzar y desear ese paraíso terrestre de la naturaleza cuya fascinación asedia el inconsciente de nuestra raza, el amor loco entre el hombre y la mujer. Señal de esa renuncia son ante todo el voto de castidad o el de virginidad.

Diré en segundo lugar que, al mortificar el instinto carnal, el hombre no se enfrenta simplemente con algo que concierna o afecte propiamente a su persona como tal, como sucede cuando para perfeccionarse en la virtud mortifica en él el instinto de gula o de murmuración. Se enfrenta con un instinto que es el de su especie ante todo, y mucho más que de su propia persona, y que reside en ésta como un dominador extraño, y que la domina y la atormenta con una violencia mucho más tiránica. La castidad da jaque a una fuerza furiosa, inmensamente más antigua que el individuo por el que pasa. Incluso en el orden únicamente natural la castidad es una liberación, en un sentido, y de cierto modo libera al hombre de las servidumbres de la especie. Los hombres tienen una tendencia natural a desear, aunque sea de muy lejos, una especie de victoria de liberación, a no ser que ciertos prejuicios religiosos o naturalistas no se la hagan considerar prohibida o imposible. ¿No es ésta una de las razones por las que la virginidad era honrada por los mismos paganos? ¿Y no es esta misma razón por la que bastantes sabios paganos – y no hablo solamente de los de la India, cuyo testimonio en este particular es tan llamativo – estimaban que cuando un esposo (de las mujeres nada se decía, eran demasiado menospreciadas) había llegado a cierta edad en la que le convenía más entregarse a la meditación retirándose dentro de su libertad interior, le convenía también interrumpir las relaciones carnales.

En tercer lugar, y más simplemente, está claro que por el hecho mismo de que los misterios de la fe cristiana recalcan especialmente la importancia y la dignidad de la carne y del cuerpo, como la unidad metafísica de la persona humana, cuya alma inmortal pertenece a un cuerpo determinado («individualizada» por su relación a éste), resulta normal que en la religión que enseña la Encarnación del Verbo y la Asunción de la Virgen, el que quiera consagrarse a Dios le consagre no sólo su alma, sino también su cuerpo. ¿No se ha dado Jesús todo él, enteramente, cuerpo y alma, a los hombres para salvarlos? El que ama a una persona con amor loco se da a ella en cuerpo y alma. El que entra en un estado de vida dedicado al amor loco de Dios debe dar a Dios su cuerpo como también su alma. Su alma se da por amor, su cuerpo por la castidad. Y aun en el caso en que no se considere en especial el estado religioso, deberemos decir que en general, al insistir en la persona humana y en su dignidad, y al elevar la condición de la mujer, al enseñar que el rescate de la humanidad había dependido del consentimiento de una joven virgen de Israel, el cristianismo elevaba también la castidad, bajo las luces de la gracia, en la estima de los hombres.

Hay finalmente una cuarta consideración que en este caso concierne a la misma contemplación, quiero decir la contemplación *cristiana* y que, en relación con ella, aporta cierto matiz o atenuación a la constatación (aunque esta sigue siendo válida) de que la vida contemplativa no exige de suyo la castidad de los cuerpos. La contemplación cristiana es, en efecto, indivisiblemente la contemplación de la Trinidad increada y de Jesús Dios y hombre; la humanidad de Cristo – esa humanidad que pertenece a la segunda Persona, y cuyas propiedades son también, todas ellas, atributos de esta misma Persona divina – está ahí siempre presente de una manera manifiesta o velada, y no podría ser de ahí arrancada. Aquello en que el cristiano tiene constantemente fijos los ojos es a la vez que el Dios uno y trino, un hombre perfectamente casto, nacido de la más casta de las Vírgenes, y que él mismo es Dios. Es él, Jesús, el que es el Esposo de su alma. ¿Cómo el cristiano que aspira a la contemplación no iba a sentirse atraído igualmente a una vida de continencia o de castidad, una vez más, no como a una condición necesaria (excepto para algunos, a consecuencia del estado religioso) sino a algo que cuadra mejor con sus deseos?

Hay por lo demás en la contemplación cristiana una cierta inocencia de acercamiento, una dulzura y delicadeza de las manos, si se me permite hablar así, un cierto aire cándido y una cierta simplicidad inigualable, y también esa libertad alada que da la familiaridad con el Espíritu Santo, y esa intimidad con las Personas divinas y el corazón de Jesús para la que no basta el ardor del amor sin una pureza perfecta, que aun sin exigirla, son por así decirlo connaturales con la castidad del cuerpo.

Los votos de religión

Las observaciones que preceden pueden ayudar, a mi parecer, a comprender que el voto de castidad y los otros dos votos a los que está unido, constituyen para el hombre que se consagra al estado religioso un verdadero *holocausto* en el que, por anticipado y para siempre, se da a Dios en cuerpo y alma, y ¿con qué otra esperanza sino con la de ir avanzando aquí abajo hacia la perfección, bajo el régimen del amor loco por Dios y por Jesús?

La promesa del subdiácono en el rito latino

Del voto de castidad, que por esencia es, para el que lo hace, para su propio progreso más fácil y más rápido hacia la perfección de la caridad, debemos distinguir la promesa que en la Iglesia latina hace el subdiácono en el momento de su ordenación. Cuando el obispo, hacia el cual se ha adelantado, le advierte que para el servicio de Dios deberá en adelante guardar la castidad si persiste en su deseo de recibir el subdiaconado, el ordenando simplemente da un paso adelante (da el paso). De suyo, esta promesa ^[29] (como el mismo sacerdocio) no es para el que lo ha hecho, sino para otros (para que, una vez ordenado sacerdote, el que la ha hecho esté capacitado para cumplir mejor –con una entrega completa que no se vea obstaculizada ni disminuida por ningún otro vínculo – su misión, su *ministerio* entre las almas a cuyo bien está dedicado).

La promesa hecha por el subdiácono está tan lejos de confundirse con el voto de castidad que cuando un hombre que es ya sacerdote entra en una orden religiosa hace en ese momento el voto de castidad con el de la obediencia y pobreza (por lo que es evidente que no lo había hecho). La promesa del subdiácono de rito latino no tiene como meta contribuir a un holocausto del individuo humano, es una herida sagrada aceptada para el mejor ejercicio de una función para con los demás. Y depende de cada uno el conservar esa herida abierta acomodándose lo mejor posible (en una vida difícil, en la que, sin duda, podrá ser un «buen sacerdote», pero también un sacerdote mediocre o incluso un sacerdote más o menos vencido), o el curarla y transformarla en un foco de gracias (para sí mismo y para los demás) dándose libremente, aun permaneciendo en el mundo, al amor loco de Dios. Sólo entonces podrá llegar a ser un «*sacerdote santo*», en virtud de su respuesta personal al precepto dirigido a todos de caminar hacia la perfección de la caridad, y a la llamada que este precepto contiene.

29 O este voto, si se prefiere llamarle así (poco importa el nombre). En todo caso, la realidad así designada difiere por su naturaleza del voto de castidad propiamente dicho, hecho con la intención de adquirir la perfección interior.

